



Toro Azul (detalle). 1988. Óleo sobre lienzo. 100 x 120 cm.

Reseñas de exposiciones

Venancio Shinki. Semblanza del artista y reflexiones a partir de la muestra *UNA MIRADA SOBRE EL LEGADO DE VENANCIO SHINKI*

Jaime Higa Oshiro
Artista plástico y curador
jaimehigaoshiro@yahoo.com
Lima-Perú



Compendio. 1992. Óleo sobre lienzo. 195 x 390 cm.

La inmigración japonesa a Latinoamérica se sumó a la de diversas latitudes que trajeron consigo otros referentes culturales. Es así que en el panorama de las artes plásticas en Brasil, la primera generación de artistas eran *issei*, es decir, la primera generación que nacería en el Japón, tal como sucedió con artistas como Manabu Mabe y Tomieh Ohtake.

En el Perú, nuestra primera generación de artistas *nikkei* serían *nisei*, es decir, de la segunda generación que nació en el Perú, entre los que se cuentan Arturo Kubotta, Tilsa Tsuchiya, Jorge Oka y Venancio Shinki entre los más reconocidos.

En términos de permanencia, la de Shinki ha sido una presencia constante, avalada por una prolífica producción de más de medio siglo, en la cual hemos podido observar un recorrido atento a los cambios y preocupaciones de la sociedad peruana, pero que ha sabido ser fiel a sus propias necesidades de expresión.

Venancio Shinki Huamán nació en la hacienda San Nicolás, en Supe. Hijo de Kizuki Shinki, la traducción del apellido correspondería al de 'árbol nuevo', y, por la madre, Filomena

Huamán, cuyo apellido también tiene el equivalente de 'halcón'; interesante legado, toda vez que recordamos que su obra a partir de los 70 tiene una gran representación del mundo natural.

El artista perdió a su familia precozmente; primero a su padre en 1941 y luego a su madre en 1946. Al año siguiente el artista viaja a Lima, donde ingresa al estudio fotográfico de Shigetsusu Umetzaki, en la cuarta cuadra del jirón Ucayali en el centro de Lima, donde se dedica a retocar manualmente los retratos. En 1948 se matricula en la sección nocturna del Colegio Guadalupe; ese mismo año participa en las protestas estudiantiles contra el golpe de Estado promovido por el general Odría.

En 1954 empieza sus estudios en la Escuela Nacional de Bellas Artes, con la idea de convertirse en retratista. Entre 1955 y 1959 tuvo como maestros a Ricardo Sánchez, Alberto Dávila y Sabino Springett. En 1960 lo recibe en su taller Juan Manuel Ugarte Eléspuru. En 1962 egresa de Bellas Artes con el Premio Sérvulo Gutiérrez de su promoción.

A partir de su egreso de la Escuela de Bellas Artes, la trayectoria de Venancio Shinki se convertirá en una constante búsqueda, en aras de conseguir una poética y estilo propios, a partir de un abstraccionismo lírico en el cual llamará la atención por la sutileza de su caligrafía en fondos de color evanescente.

En los 70, siguiendo algunos planteamientos del surrealismo, en su pintura emerge el arenal que pareciera evocar el brumoso puerto de Supe que lo viera nacer, pero también mujeres, aves y el toro, confirmando la creación de un espacio mítico donde el silencio pareciera instalado creando un espacio atemporal. Durante esos años se encuentra atento a los cambios de la ciudad de Lima, ya que comienzan a aparecer los llamados «pueblos jóvenes»; asimismo, se alinea con los jóvenes artistas de izquierda en el recién fundado Sindicato Único de Trabajadores de las Artes Plásticas (SUTAP), en apoyo a la designación del retablista ayacuchano Joaquín López Antay como Premio Nacional de Fomento a la Cultura. A su vez, renunciaría a la Asociación de Artistas Plásticos (ASPAP).

En los 80, después de un viaje a Europa, específicamente a Italia, la obra de Shinki comienza a acoger estatuas de las ruinas romanas, como una representación humana dentro de este espacio imaginado, donde se confunde sin ninguna fricción con temas netamente peruanos como el Yawar Fiesta o paisajes como Paracas.

A partir del 2000, con un lenguaje consolidado, su obra termina de configurarse retomando símbolos y temas que parecieran olvidados, como una sugerente caligrafía que simula corporeizarse dentro de estos espacios míticos que remiten a diversas horas del día, dotándolos de una luz diáfana o también cargándolos de dramatismo, aludiendo al paisaje costeño. Contamos también con esas presencias marmóreas y hieráticas que nos recuerdan objetos extraviados de las ruinas, como testigos de una civilización que se perdió hace mucho tiempo o como vestigios simbólicos y atemporales de la presencia humana.

Finalmente, la obra de Venancio Shinki se impone como una mitología personal, una interpretación del mundo en la que el tema principal es la permanencia, y que cuando la volvemos a apreciar, aún nos plantea preguntas y nos interpela.